

REAL ACADEMIA DE NOBLES Y BELLAS ARTES DE SAN LUÍS DE ZARAGOZA



Discurso institucional pronunciado por el presidente
Excmo. Sr. D. Domingo J. Buesa Conde,

Con ocasión del Ingreso en esta Real Corporación del
Ilmo. Sr. Don Antonio García Omedes

Salón de la Excma. Diputación Provincial

Huesca, 27 de noviembre de 2013

Excmos. e Ilmos. señoras y señores académicos
Señoras y señores.
Estimado don Antonio

Me alegra especialmente presidir esta sesión en el Salón de Actos de la Excma. Diputación Provincial de Huesca, acogida que agradezco muy sinceramente, por varias razones. Especialmente por que estamos en la vieja e ilustre capital sertoriana que fue ciudad fundamental para la construcción de este Reino de Aragón, cuya historia y cuya memoria estamos obligados a defender con la firmeza que aporta el tener en nuestras manos todo esa historia construida con el esfuerzo y las renunciaciones de nuestros antepasados, de de unas gentes que supieron construir en la lucha contra la naturaleza una Corona que puso el nombre de Aragón sobre la propia acrópolis de Atenas, convirtiendo el académico Partenón de Atenas en un emotivo templo a Nuestra Señora.

Si nuestra presencia institucional en la segunda capital de Aragón nos obliga a manifestar con rotundidad que los aragoneses estamos llamados a defender la memoria de la Corona de Aragón, frente a agresiones nacidas desde el esperpento en el que se tienen que mover aquellos que no poseen la razón, mi presencia personal me obliga a dos referencias emotivas. Primero a recordar al ilustre académico y cronista don Federico Balaguer, de cuya mano llegué a la Real Academia de la Historia y en cuyas tertulias, en esa entrañable trastienda de lozas y saberes, aprendí muchas cosas del ayer de esta tierra a la que él amaba profundamente desde la inmensidad de sus conocimientos y la perfección de sus investigaciones.

Y al mismo tiempo, recordar con profunda gratitud y admiración a don Antonio Durán Gudiol, académico y canónigo archivero, que fue mi querido maestro y mi consejero, y en cuya biblioteca pasé inolvidables días de trabajo que me dieron la formación necesaria para empeñarme en el estudio de nuestro pasado. La historia de Aragón tiene con el maestro Durán Gudiol una deuda impagable y su memoria permanecerá por los siglos en ese frontispicio en el que están los historiadores más insignes de esta tierra desde tiempos de Zurita hasta Lacarra.

Como pueden apreciar este es un momento especial, incluso porque en él se inicia mi segundo mandato como presidente de esta Real Corporación, gracias a la generosa confianza que los señores académicos han depositado unánimemente en mi persona. Pero sobre todo, porque hemos viajado en el tiempo al mundo de los orígenes de esta tierra, a los que he dedicado tantos años de estudio e investigación, a ese románico que pone paisaje a Ramiro I y a sus hijos y nietos, a ese románico que sigue siendo el espíritu que arropa a tantos pueblos oscenses, a ese románico que nos gusta porque lo sentimos como algo nuestro, como un espacio en el que nos alegramos al encontrar nuestra herencia y nos entristecemos al contemplar la desidia con la que tantas veces le hemos tratado y le han abandonado sus guardianes oficiales.

Hemos oído una pedagógica reflexión que nacía del sentimiento y del día a día, de la cercanía de vivir ese mundo con pasión ilimitada, de la mano de una persona que ha querido construir su vida en el servicio a los demás, en el servicio a la ciencia, en el servicio al conocimiento. Porque bien se podría definir a don Antonio García Omedes como persona dispuesta a compartir, a auxiliar desde la dádiva generosa al favor incondicional. Todo un conjunto de

valores y de saberes que le avalan ante esta Real Academia, que se dispone a darle acogida para que quede constancia en el porvenir del bien hacer de nuestro mejor publicista y notable analista del románico.

Recibimos al autor de las mil miradas hacia esas piedras que configuran la civilización del año mil, al estudioso al que todos recurrimos cuando nos acercamos a cualquier testimonio del románico altoaragonés. Pero no sería justo dejar de mencionarlo, recibimos además a una persona que ha sabido levantar un nuevo peldaño en esa escalera que concilia la ciencia y el humanismo, a una persona que ha tenido voluntad de continuar la saga de esos médicos historiadores tan notables como el insigne don Gregorio Marañón, a través de cuyo ojo clínico pudimos contemplar la corte cuatrocentista de Castilla, escondidos tras la cortina de la confidencia para ver cómo acaso el heredero moría por una trucha envenenada.

Junto a don Gregorio y a la excepcional figura del aragonés don Pedro Laín Entralgo, como ha señalado con acierto el nuevo académico, la historia aragonesa también se quedó diagnosticada en las memorias y en las fotos de don Santiago Ramón y Cajal, el médico que sumó la habilidad clínica al ojo de la cámara inmortalizando esa vista de San Juan de la Peña que solo él supo salvar. Les he referido a tres de ellos, pero no podemos olvidar la muy acertada y correcta referencia que ha hecho el Ilmo. Sr. D. Juan Carlos Lozano a los médicos humanistas que han ocupado los sillones de esta Real Academia desde el principio y hasta el presente, concluyendo en la figura del Excmo. Sr. D. Fernando Solsona que honra a esta Corporación con su exquisito dominio de la memoria académica.

Hoy recibimos a un médico de las tierras del Moncayo, que ha nacido en esos hermosos paisajes de Ainzón —que recuerdan un topónimo musulmán que nos habla de “ojos de agua dulce” - donde bautizaban a sus hijos en una curiosa pila románica del siglo XIII, que nos sugiere viejas iglesias cistercienses levantadas al amparo del poder del monasterio de Veruela. Sobre la media esfera de esa pila también cayeron aguas del bautismo para don Antonio, tal vez determinando su itinerario vital con ese espíritu románico que habrá sentido tan cerca, desde el tacto pétreo de sus manos de reconocido cirujano, pero que se le habrá escapado entre esos ojos escrutadores de “agua dulce” ainzoneros.

Hoy podemos presumir la certeza de que en aquel momento se comenzó a construir la personalidad de este cirujano, que se ha convertido en un maestro de la imagen y en un apasionado estudioso del románico, cumpliendo el viejo empeño aristoteliano de que “la inteligencia consiste no solo en el conocimiento, sino también en la destreza de aplicar los conocimientos en la práctica”. Pero, además en este caso, esa práctica viene adobada con la destreza de poner al servicio de los demás miles de miradas, de sugerencias, de incógnitas, a través de ese mundo de las nuevas tecnologías que nos permiten bucear por mundos hasta ahora desconocidos.

Una definición a través de sus ojos, del cristal de su objetivo y, sobre todo, de su interés por retratar la vida. Todo ello, sazonado por el regalo de miles de sensaciones y de sentimientos, para explicarnos su peregrinación por el románico para confirmarnos que ha entendido el románico como ninguno pues es el único que ha logrado dar el protagonismo que merecía a la luz. ¿Se han dado cuenta ustedes que, en el románico, si no hay oscuridad alrededor, no hay luz?.

Curiosa paradoja de la oscuridad que genera la luz, que quiero ofrecerles como motivo de reflexión, puesto que no es mi intención abrumarles con la activa e intensa trayectoria vital del nuevo académico, tan bien pronunciada por nuestro compañero el doctor Lozano en su notable ponderada bienvenida. Mi intención, en los breves minutos que la prudencia me aconseja emplear, es señalarles que el profesor García Omedes ha sabido construir su tiempo personal e íntimo sobre esa secuencia del arte románico, que no podemos olvidar que nos habla de la muerte en un mundo en crisis y de la voluntad de construir un nuevo mundo. Este profundo mensaje se escondió en los capiteles y en los tímpanos, en las marcas de canteros y en esas tímidas firmas que se ocultan temerosas en las alturas de los capiteles hasta que personas como el académico que hoy recibimos las va sacando a la luz de la historia.

Por eso mismo, cuando ustedes lean las descripciones del profesor García Omedes, en la paz de su casa o con la brisa de los caminos acariciando su rostro, comprenderán que el estudio del románico nos puede acercar a la más dura realidad que nos toque vivir, que nos hace comprender lo que hace el espíritu de los que sufren hambre y enfermedad, que nos permite comprender la inmortalidad de esas piedras que levantaron espacios de paz frente a los que – esclavos del poder - no sabían abrir los dedos de la generosidad social.

El románico es un código de insurrección y de modernidad. Por eso mismo en los momentos de mayor crisis, todos volvemos los ojos a ese tiempo, a esos paisajes que muchas veces solo permiten gozar de ruinas íntimamente unidas a la naturaleza, dominadas por la vegetación que nos invita a retomar los senderos de vuelta a la sencillez románica de lo inesperado, a la riqueza románica de sobrevivir en el campo con lo necesario. El románico es el tiempo en el que el ser humano necesita creer en algo, ante el fracaso y la traición de todo el edificio político hispano romano que lo sostiene, creer en algo que le permita sonreír cada mañana y olvidar que él está en manos del destino, pero que cada día está con menos posibilidades y cada vez con más indefensión ante el poder.

Para los que seguimos pensando que el mundo románico nos puede enseñar muchas cosas, es muy importante una aportación como la del nuevo académico a través de su discurso intelectual y a través de su trabajo profesional de la imagen. Y los es porque el románico se está convirtiendo en un experimentado modelo a seguir, que logró construir caminos de pensamiento, que eso es la libertad y no otra cosa. Hombres y mujeres que descubrieron que hay un camino para ir de las tinieblas a la luz, haciendo ese recorrido desde la entrada occidental del templo –abierto al ocaso y al final- hasta el altar, al oriente por el que nace el sol y renace la vida.

Por eso, en tiempos como los que nos toca vivir, es bueno recordar a la sociedad que solamente cuando apostó por el arte, por el humanismo, por la música como sensación de trascendencia, logró levantar ese compendio enciclopédico de saberes que fueron las catedrales. Se iluminó nuevamente el mundo y se superó una forma de vida que había entrado en la oscuridad justo a partir del abandono bárbaro del conocimiento, del desprecio de la pasión del saber, de comenzar a denostar la generosidad del estudio. Creo que no hace falta decir nada más al respecto del papel de las ciencias del saber humano en la construcción de los caminos de progreso y de futuro, pero quizás no estará de más recordar que esas gentes que fueron capaces de levantar las catedrales, también fueron capaces de levantar las manos

apostando por la dignidad humana y, en esa histórica circunstancia, ninguna estructura feudal pudo detener sus importantes reivindicaciones y el dominio del tiempo humano que entonces pasó a ser patrimonio de la ciudad, el gran invento en la conquista de la libertad.

Ese es el momento en el que algunos filósofos recuperan aquel pensamiento de Aristóteles que decía: "Considero más valiente al que conquista sus deseos que al que conquista a sus enemigos, ya que la victoria más dura es la victoria sobre uno mismo". Y lo digo porque esta reflexión, tan contemporánea y pedagógica, cuadra muy bien con el ser de nuestro nuevo compañero, el Ilmo. Sr. D. Antonio García Omedes. Con ese lema –casi heráldico- se lanzó a descubrir la paz y la belleza de la naturaleza, en la esperanza de que entre sus caminos cubiertos de vegetación y de olvido, seguirían firmes los monumentos que levantaron los pueblos para abrir puertas a la revolución más grande que nunca se haya dado: frente al dolor y la enfermedad buscar la vida, asegurarse el futuro. Era lógico que este proceso cautivara a un médico cirujano y lograra empeñarlo –incluso creo que sin saberlo él- en la tarea de salvar del olvido los paisajes y las fotografías pétreas de una revolución interior, una revolución en el modo de ser y estar espiritual, una revolución que logró pasar en la oscuridad de estas iglesias románicas de la vía del hecho a la carta de derecho.

Estamos hablando del recorrido vital de cada hombre hacia la plenitud. De ese camino en el que adquieren un protagonismo fundamental la acción y la razón. Si se dan cuenta, todo ello dentro de un tiempo en el que el hombre mediante el símbolo aprendió a inscribir su individualidad en el Universo y acceder al conocimiento profundo del Creador. Ciertamente, todo un recorrido por el románico que ordeno nuestra tierra y definió a nuestras gentes. Miradas, miedos, hombres, esperanzas, colores, su eñós, humildad y vanidad... El románico se asoma en la obra de Antonio García Omedes a través de sus novedosas páginas del mundo web, de Internet, del impulso invisible que sabe construir palabras y plasmar sensaciones. Sensaciones que al ser románicas son modernas.

Al final, esas son las imágenes que le han llevado a sentarse hoy en el sillón número 35 de la Sección de la Imagen, donde hoy lo recibimos con satisfacción y alegría. Sea bienvenido a esta Real Academia, que desde ahora es su casa, y no olvide nunca que todos los que configuramos la Real Corporación tenemos la esperanza certera de que su tarea como académico traerá honor y gloria a todos nosotros, porque estamos convencidos de que si Dios construye la luz en la oscuridad, usted logra el milagro de rescatar las más entrañables fotografías que el hombre del siglo XI dejó hechas.

Acaso permítame que le encargue la puesta en marcha de la revista digital de esta Real Academia que, con casi tres siglos de vida, quiere ser espacio de cultura y libertad de pensamiento en el tercer milenio.

Con esa idea como signo proclamo que el profesor García Omedes queda incorporado al elenco de miembros de esta Real Academia de Bellas Artes que hoy se ha reunido en la ciudad de Huesca para declarar su nueva condición de Académico delegado en la ciudad de Huesca. Y cumplido este mandato corporativo, en nombre de Su Majestad el Rey, declaro concluida la solemne sesión de recepción del Ilmo. Sr. D. Antonio García Omedes.

He dicho.